

DINÁMICA DE LA CULTURA EN CENTROAMÉRICA

Rafael Cuevas Molina

Centroamérica es un territorio entre mares y continentes. Es, por lo tanto, un istmo y un puente. Como istmo, comunica o separa los dos más grandes océanos de la Tierra: el Océano Pacífico y el Océano Atlántico. Como puente enlaza la América del Norte con la América del Sur. Su naturaleza y su historia han estado marcadas por esta doble condición. Desde que surgió del océano primigenio hace miles de años, una cadena montañosa volcánica la atraviesa de Norte a Sur como una gigantesca columna vertebral, creando a sus costados dos vertientes que mueren en el mar como planicies. Ubicada en una zona subtropical, se caracteriza por tener una enorme variedad de microclimas, determinados la mayoría de las veces por la cambiante topografía. En lo alto de las sierras y de los conos volcánicos (que llegan a sumar más de cien) prevalecen las temperaturas bajas, que pueden llegar al punto de congelación en las noches y las madrugadas de diciembre y enero, mientras en las costas el calor, muchas veces sofocante, puede llegar a alcanzar los 35° C.

Este estrecho territorio posee la cuarta parte de la biodiversidad del planeta y sus tierras son fértiles, abonadas por las constantes erupciones volcánicas que han cubierto el planeta durante miles de años. Originalmente, un extenso manto vegetal cubrió la totalidad del territorio con distintos tipos de bosque: el tropical húmedo, el tropical seco y el tropical nuboso. Hasta ahí llegaron, hace más de diez mil años, sus primeros habitantes; acorde con su condición de puente, unos provenían del Norte, de la zona que hoy conocemos como México, y otros estuvieron más relacionados con los habitantes del Sur del continente. En los actuales territorios de Guatemala, Belice, El Salvador, y parte de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, se desarrollaron ciertos rasgos civilizatorios que hoy llamamos mesoamericanos, cuyas características iniciales fueron desarrolladas por los pueblos que habitaron los actuales Estados de Veracruz y Oaxaca, en México. Desde Costa Rica hacia el Sur, las influencias culturales ya no fueron las de Mesoamérica sino las de los pueblos chibchas, que compartían rasgos culturales con los pueblos de Panamá, Colombia y parte del Ecuador.

En el seno de la civilización mesoamericana, los mayas se asentaron y desarrollaron su cultura en lo que hoy son México, Guatemala, Belice y parte de El Salvador y Honduras. Los logros culturales de estos pueblos continúan asombrando hoy en día; su visión del mundo, proveniente de su milenaria experiencia de agricultores, entendía que el ser humano es parte integrante de la naturaleza que les rodea. En el Sur, mientras tanto, pueblos cazadores-recolectores vivían en el territorio de la actual Costa Rica, organizados alrededor de cacicazgos en sociedades menos complejas que las del Norte, destacándose por sus hermosos trabajos de orfebrería en oro.

La llegada de los colonizadores europeos truncó, en el siglo XVI, el desarrollo de estos espacios civilizatorios. La civilización Occidental se impuso a sangre y fuego convirtiendo su cultura en la dominante en el área. Ahí en donde existían grandes núcleos de población indígena, como es el caso de Guatemala, por ejemplo, el mestizaje cultural dio como resultado un tipo de cultura con rasgos que la diferencian de otras que, inscritas también ellas en el circuito de la civilización Occidental, eran ajenas a las culturas mesoamericanas.

Los europeos dieron inicio, también, a una importante mutación del paisaje natural. La introducción de la ganadería y de sembradíos extensivos como los del tinte de la cochinilla, la caña de azúcar, el tabaco y el cacao, en la zona costera del Pacífico, inició el despojo del manto vegetal que cubría la tierra. Esto se acentuó en el siglo XIX, después de la independencia de Centroamérica del imperio español, con la introducción de otros cultivos como el café y, ya en los inicios del siglo XX, del banano, por compañías norteamericanas. A pesar de ello, hasta mediados del siglo XX Centroamérica poseía aún intacto alrededor del 75% de su cobertura boscosa.

Las riquezas que producía Centroamérica viajaron por barco atravesando el Océano Atlántico. A pesar de ello, el desarrollo de esta franja del continente americano se dio de espaldas a su costa atlántica. Las principales ciudades se construyeron ahí en donde el clima era más benigno, en las zonas montañosas, y los principales cultivos se asentaron en la costa del Pacífico. Los indígenas fueron arrinconados en las tierras más escabrosas, en las montañas más escarpadas, mientras que la costa del Atlántico fue ocupada por las compañías bananeras estadounidenses, o permaneció aislada del resto de la región. Dadas las características del cultivo del banano se importó mano de obra de las islas del Caribe, sobre todo de Jamaica, con lo que el Atlántico centroamericano se convirtió en una “zona negra”, desde Belice hasta Costa Rica. Todos estos cambios en lo étnico y lo cultural se dieron en el transcurso de más de quinientos años, y fueron complejos y contradictorios. A pesar de ello, podemos decir que se perfilaron áreas culturales en las que, sobre la base de la cultura occidental dominante, prevalecieron ciertos rasgos, valores y tradiciones distintos.

Por un lado, tenemos un área en la cual el componente cultural indígena mesoamericano tiene fuerte presencia. Esta área cultural abarca los países antes mencionados, pero es indudable que el caso paradigmático es el que prevalece en Guatemala, en donde más de la mitad de la población es descendiente directa de los mayas históricos. Por otra

parte, tenemos un área claramente delimitada en la costa atlántica, que es decididamente caribeña. En Centroamérica, decir caribeño significa remitir a la cultura afroamericana. Ambas áreas culturales, la de influencia mesoamericana y la de influencia caribeña, son bilingües. En ambas, la lengua franca es el español, pero en la primera se habla un amplio número de idiomas vernáculos mayenses, mientras que en la segunda la lengua materna es el inglés. Otra área cultural corresponde al Valle Central de Costa Rica, que se erige como identidad dominante de todo este país. Es una cultura con menos influencias indígenas y negras. Se formó a partir de un territorio pobre y aislado en el período colonial en el que, precisamente por esas razones, no se presentaron las formas de explotación que prevalecieron en el resto de Centroamérica. Esta cultura se reivindica a sí misma como “blanca” (aunque en realidad no lo sea), heredera de una tradición iniciada por colonos españoles en el período colonial.

Centroamérica ha sido siempre plural desde el punto de vista cultural. La incursión europea en este territorio aportó nuevos elementos que dieron una base común a toda la región, la cual, además, se definió como tal a partir de las formas coloniales de administración. Como es sabido, las fronteras que demarcan actualmente a los países que sufrieron este tipo de dominación se conformaron, en buena medida, a partir de las antiguas divisiones administrativas del orden colonial. Así, los grupos descendientes del tronco maya quedaron repartidos en varios países del área, sujetos a políticas gubernamentales distintas, muchas veces ignorando la existencia de sus congéneres del otro lado de la frontera. Las identidades nacionales modernas se conformaron en Centroamérica, al igual que en el resto de América Latina, en el siglo XIX, a partir de un proceso consciente de construcción de ellas. Las fuerzas sociales rectoras de este proceso fueron las oligarquías liberales, que buscaban modernizar a los recién independizados y conformados países. Desde el punto de vista económico, el proyecto de los liberales cambió las relaciones de producción, haciéndolas más parecidas a las de tipo capitalista. La introducción del cultivo del café, a partir de los años 40 del siglo XIX, fue muy importante en esta empresa; con él, Centroamérica se incorporó a la economía mundial.

Desde el punto de vista cultural, los liberales “inventaron” tradiciones nacionales distintas en cada país. Fue así como se establecieron, entre 1870 y los primeros años del siglo XX, identidades nacionales distintas que le dieron personalidad social propia a las comunidades que habían quedado encerradas en las fronteras heredadas de la colonia. En otras palabras, nacieron los guatemaltecos, los salvadoreños, los hondureños, los nicaragüenses y los costarricenses, y cada una de estas nacionalidades inventó rasgos distintivos que la diferenciaba de sus congéneres del área. Dos aspectos habría que revelar de este proceso:

1) La configuración de las culturas nacionales implicó la marginación o la destrucción de otras culturas que existían

La cultura de Centroamérica se fue perfilando como un universo multiforme, lleno de expresiones diversas que conviven contradictoriamente

al interior de cada nación. La cultura de los indígenas de Guatemala, por ejemplo, a pesar de ser la de la mayoría de la población, continuó siendo marginal en relación con la cultura dominante; fue sólo objeto de interés para antropólogos y folklorólogos. La de los miskitos, en Nicaragua, sobrevivió porque la población de la cual es expresión sobrevivía en zonas boscosas remotas en la zona atlántica del país.

2) Al construir el “nosotros” se fueron, paralelamente, perfilando los “otros”. Este aspecto es importante para apuntar un rasgo peculiar de la cultura dominante de nuestros países: su carácter esquizofrénico, escindido. Por un lado, se intentaba construir la cultura nacional con elementos propios que se creían encontrar, con frecuencia, en rasgos estereotipados de los sectores de la población que se desdeñaban y marginaban, como los indígenas o los campesinos. Pero, por otro lado, esa construcción de lo nacional se hacía teniendo como modelo la cultura de los sectores dominantes de Estados Unidos de América o de los países centrales de Europa, especialmente Francia e Inglaterra.

Paralelo a este proceso, hacia finales del siglo XIX se asentaron en la costa atlántica las compañías bananeras. Su economía y cultura fue de enclave, lo que significa que crearon un universo con escasas vinculaciones con el resto de los países del istmo, en el que poco valían las leyes de los estados nacionales. La importación de mano de obra de las islas del Caribe hizo que ese universo cultural adquiriera rasgos específicos, distintos a los de cualquier otra parte de los territorios nacionales. Mientras que la cultura oficial era católica y hablaba el español, en el enclave se era protestante y se hablaba inglés. Ubicadas en un espacio geográfico de difícil acceso, unidas sólo por el ferrocarril a las ciudades principales, la cultura de enclave desarrolló su propio patrón de asentamiento urbano, sus festividades, su relación con el entorno. Ese aislamiento permitió que las culturas afrocaribeñas de Centroamérica tuvieran su propio espacio, que pervive hasta nuestros días.

Como se puede ver, la cultura de este territorio estrecho y largo se fue perfilando como un universo multiforme, lleno de expresiones diversas que conviven contradictoriamente. Sus distintos componentes tienen orígenes diversos, y se han ido asentando y desarrollando en este territorio en diferentes momentos históricos. Esta región ha sido visitada desde hace miles de años por los más diversos pueblos. Primero, los distintos grupos de indígenas; luego, los españoles y, con ellos, los africanos que llegaron como esclavos; más tarde se hicieron presentes los ingleses, que intentaban disputarle la

hegemonía en la región a los norteamericanos, los cuales, a su vez, especialmente después de la década del cincuenta del siglo XX, han tenido una posición de primer orden.

El Estado liberal entró en crisis en la década del treinta del siglo XX, y sus contradicciones tendieron a resolverse con la constitución de nuevos tipos de Estado en toda la región, que respondieron en buena medida a la herencia histórica de cada uno de los países. Podemos decir que, a partir de los años cincuenta, se perfilaron tres campos culturales distintos en la región: el que prevaleció en el llamado “Triángulo Norte” centroamericano, que comprende a Guatemala, El Salvador y Honduras; el que se desarrolló en Nicaragua; y el de Costa Rica. Cada uno de estos campos culturales tuvo sus propias características. El del Triángulo Norte se caracterizó por una aguda confrontación entre proyectos culturales que se entendieron como excluyentes entre sí. El campo cultural nicaragüense se vio intensamente marcado por la experiencia de diez años de Revolución Sandinista, la cual intentó construir una cultura popular, democrática, revolucionaria y antiimperialista, apoyándose en tradiciones que habían estado marginadas (“soterradas” le llamaron ellos) hasta la década del 80. Costa Rica, por su parte, construyó un campo cultural basado en el consenso, en el marco de un proyecto hegemónico altamente institucionalizado.

En el caso del Triángulo Norte, Guatemala es el caso paradigmático. La existencia de un Estado autoritario, con fuerte predominio del control militar, culturalmente racista frente a la población indígena, desembocó en una guerra que enfrentó al país por más de treinta años, entre 1962 y 1996. El enfrentamiento se dio entre dos proyectos de sociedad, uno popular, que buscaba tomar el poder del Estado por la vía armada, y otro que defendía el orden establecido. En este contexto, el sector más golpeado desde todo punto de vista y, también desde el cultural, fue el indígena. El ejército guatemalteco entendió su cultura como aspecto que daba origen a la resistencia en el marco del proyecto popular alternativo, y la transformó, por lo tanto, en objetivo de guerra. Se buscó, por lo tanto, desarticularla, atacando los pivotes que daban continuidad a la identidad. La guerra contribuyó a la toma de conciencia de amplios sectores de la población indígena, que advirtieron que no sólo constituyen un grupo social con una cultura distinta y derechos que pueden y deben reivindicar, sino que además tienen congéneres más allá de las fronteras del Estado nacional guatemalteco. De acá que en la Guatemala de hoy encontremos a estos sectores actuando con voz propia, de manera muy beligerante, en pos de la defensa de sus derechos, entre los cuales, de manera muy particular, está el de la defensa de su propia cultura.

En Nicaragua, la Revolución Sandinista puso fin, en 1979, a más de cuarenta años de dictadura de la familia Somoza e inició un proceso de transformación social que buscaba dar el poder efectivo a los grupos sociales tradicionalmente

marginados de su ejercicio. El hecho cultural más relevante fue el proceso mismo, es decir, la Revolución. Veamos algunas razones: 1) En la insurrección popular muchos valores fueron refuncionalizados, inscribiéndose en una cultura a la que se llamó liberadora en la medida en que ya no reproducía la cultura y la ideología dominante; 2) Por otra parte, la sensación y la actitud de ruptura con la cultura heredada, en un pueblo sometido y reprimido, derivó directamente de que amplios sectores sociales fueron protagonistas de los hechos. Sergio Ramírez Mercado, escritor y, en ese momento, vicepresidente de Nicaragua, se refirió a este aspecto diciendo que en Nicaragua estaba surgiendo “...una nueva voluntad (...) (que había estado) dispersa y soterrada (...) que empezó a definirse y perfilarse en otras décadas, pero que sólo la Revolución hizo posible organizar, armándola de sus instrumentos de acción”. La política cultural requería un nuevo concepto y práctica de la cultura, que debía respaldar a la Revolución Popular Sandinista. De ahí que Ernesto Cardenal, por entonces Ministro de Cultura, definiera que tal política debía ser revolucionaria, popular, nacional y antiimperialista. Revolucionaria porque debía transformar la herencia del pasado y multiplicar las posibilidades de la cultura popular; Popular porque, a) el pueblo debía participar en su elaboración, a través de sus organizaciones de masas; b) por sus contenidos, porque debía ser inspirada y producto de los sectores anteriormente marginados: los campesinos, los obreros, los pobres de la ciudad y del campo; y c) por su difusión masiva a través de los medios de comunicación, de talleres, de festivales y programas de diseminación cultural; Antiimperialista y nacional, en la medida en que buscaba apoyarse en los valores nacionales que se consideraban históricamente violentados por la injerencia de diversas potencias extranjeras. El objetivo básico era la conquista de una nueva identidad cultural. Este proceso se vio cortado a partir de 1990, pero sus huellas han sido profundas en la cultura de la actual Nicaragua.

El tercer campo cultural que nos hemos propuesto analizar es el de Costa Rica. Como ya hemos mencionado, este país posee algunas características relevantes que le diferencian del resto de los países centroamericanos, además del hecho de que en él nunca logró consolidarse un ejército lo suficientemente fuerte para tener la participación protagónica que sí tuvo en el resto de la región. Esta característica posibilitó la construcción de un estado de derecho que basa su legitimidad en mecanismos de corte democrático, un hecho cultural, en la medida en que desde el Estado, a través del sistema de educación y otros mecanismos ideológicos, la democracia se ha constituido en un valor. Es así como el Estado ha jugado un papel fundamental en la construcción de la identidad cultural de los costarricenses, dada la legitimidad de la cual goza entre amplios sectores de la población. Por esta razón, Costa Rica es, con toda seguridad, el país que ha logrado consolidar con mayor éxito una identidad nacional homogénea en la región. A diferencia de Guatemala, por

ejemplo, en donde amplios sectores de la población se sienten marginados de la cultura nacional, en Costa Rica existe un proyecto nacional de cultura que cuenta con un amplio consenso. Lo anterior no significa que no existan expresiones culturales distintas a las del proyecto hegemónico, pero éstas no tienen el nivel de antagonismo que tienen en el caso guatemalteco. Entre ellas podemos mencionar la cultura afrocaribeña de la zona atlántica del país, así como la de los grupos indígenas.

La segunda mitad del siglo XX constituye el momento histórico en que el Estado costarricense asume explícitamente la formulación de políticas culturales. Podríamos dividir este período en dos grandes etapas: 1) Aquella en la cual el Estado de tipo benefactor se aboca a crear las principales instituciones dedicadas a la cultura, las cuales impulsaron tres tipos de políticas: de mecenazgo, de difusión y de promoción. Esta etapa va de 1940 a finales de la década del setenta; 2) En la década de 1980 se dan dos tendencias: la primera emana del Estado mismo, el cual, bajo la influencia de la UNESCO, amplía su noción de cultura y pasa a entenderla desde una perspectiva antropológica, lo que significa que ya no sólo se considerará cultura a las expresiones artísticas sino, en general, a todas aquellas manifestaciones que proporcionan identidad a algún grupo social. Por otra parte, en esta década empieza a manifestarse otra tendencia muy importante, que ha ido ganando cada vez más terreno: la del traslado de las responsabilidades que antes asumía el Estado hacia la iniciativa privada. En este sentido, han sido dos las principales consecuencias: por un lado, la creciente participación de la empresa privada en actividades de promoción y difusión de la cultura; y, por otro, el nacimiento y creciente fortalecimiento de iniciativas desde la sociedad civil.

Las migraciones intra e interregionales han tenido implicaciones culturales importantes. Las causas han sido principalmente económicas y políticas, pero han sido las primeras las que han provocado los cambios más sostenidos en los últimos veinte años. Estos no se dan tanto en el territorio centroamericano, como en los centroamericanos que viven en Estados Unidos. Se podría decir que se trata de expresiones de la cultura centroamericana en tierras del Norte, expresiones que sufren profundas variaciones en el nuevo contexto en el que florecen. Otro aspecto que afecta de manera general a la región, independientemente del país de que se trate, es el de la creciente presencia e influencia de los medios de comunicación, los que constituyen uno de los principales canales de la globalización cultural en nuestros días. Centroamérica es una región en la que los aparatos de radio y televisión tienen amplia difusión. Daré algunos datos del caso costarricense. En este país, el 95% de los hogares poseen por lo menos un aparato de televisión, 90% de los cuales son a color, y el 98% tiene por lo menos un aparato de radio; el 87% posee aparatos de reproducción como la videograbadora. En este país, los jóvenes entre 14 y 25 años ven un promedio de cuatro horas diarias de televisión,

un poco más de la media del resto de Centroamérica, que es de tres horas. La programación a la que se encuentran expuestos estos jóvenes es en un 88% importada de Estados Unidos. Otras fuentes de la programación son de otros países de América Latina, especialmente Brasil, México y Colombia, quienes son productores de telenovelas, a las que es especialmente afecto el género femenino. Estudios realizados informan que los jóvenes y adolescentes pasan más tiempo a la semana frente al televisor que en la escuela y con los padres. Los medios de comunicación han influido en los hábitos de estos televidentes. En países con altos índices de pobreza (22% de la población en Costa Rica, más del 60% en Nicaragua y similares tasas en Guatemala) los hábitos sedentarios asociados a la TV han llevado a la aparición de enfermedades como la obesidad. A través de estos medios los jóvenes se encuentran expuestos a patrones de conducta y de lenguaje que afecta su comportamiento.

No se puede dejar de mencionar otro fenómeno que seguramente afectará el perfil cultural de los pueblos centroamericanos en el futuro más o menos cercano. Se trata de los distintos procesos de integración que se impulsan actualmente. Estos son, básicamente, tres. Por un lado, está el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), que pretende unificar económicamente a la región. En este proyecto, la dimensión cultural se reduce a promover intercambios de distintas expresiones culturales y folklóricas entre los países. Luego está la propuesta estadounidense del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), que debía funcionar en el año 2005. Por último, está la propuesta mexicana llamada Plan Puebla Panamá, que es, en buena medida, un plan subsidiario del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN). Este plan pretende crear un espacio que integre a los estados del sur de México con los cinco países centroamericanos (incluyendo a Belice y Panamá). La retórica promocional del Plan Puebla Panamá hace alusión al espacio cultural mesoamericano, con el fin de mostrar la necesidad de la “unión entre iguales”. Este plan contempla, al menos en el papel, el respeto a la pluralidad cultural de la región, lo cual es sumamente importante para los mexicanos, dado el conflicto zapatista en Chiapas. Los zapatistas, sin embargo, han denunciado el plan como una estrategia que busca dar respuesta, desde lo dominante, a la explosiva situación que se vive en este Estado mexicano.

Como se puede apreciar, la dinámica de la cultura en la región centroamericana tiene múltiples dimensiones que se encuentran marcadas por su situación geográfica, su pasado histórico, su cercanía con Estados Unidos y su condición de países pequeños y pobres. ☒

Rafael Cuevas Molina. Escritor y pintor guatemalteco, residente en Costa Rica. Profesor-investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica. Dirige la Maestría en Estudios Latinoamericanos de ese Instituto.